

bam
bú

LA
VOZ DE
LAS
SOMBRAS

FRANCES
HARDINGE

Traducción de Celia Filipetto

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *A Skinful of Shadows*

Publicado por acuerdo con Macmillan Children's Books.

© 2017, Frances Hardinge, por el texto
© 2019, Celia Filipetto, por la traducción
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Aitch
Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2019
ISBN: 978-84-8343-588-5
Depósito legal: B-18363-2019
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Capítulo 1

La tercera vez que Makepeace despertó de la pesadilla, su madre se enfadó.

–¡Te dije que no soñarás más con eso! –bufó en voz baja para no despertar al resto de la casa–. ¡Y si lo haces, no debes gritar!

–¡No lo puedo evitar! –susurró Makepeace, asustada por el tono temible de su madre.

Madre aferró las manos de Makepeace, la cara seria y adusta iluminada por la luz temprana del alba.

–No te gusta tu casa. No quieres vivir con tu madre.

–¡Sí que me gusta! ¡Sí que quiero! –exclamó Makepeace notando que el mundo se desmoronaba bajo sus pies.

–Entonces debes aprender a evitarlo. Si todas las noches gritas, ocurrirá algo terrible. ¡Puede incluso que nos echen de aquí!

Detrás de la pared dormían los tíos de Makepeace, propietarios de la pastelería de la planta baja. La tía era chillona

y franca, mientras que el tío andaba siempre ceñudo y no había forma de contentarlo. Tras cumplir los seis años, a Makepeace le habían encomendado la tarea de cuidar de sus cuatro primos, a los que había que alimentar, lavar, arreglar, vestir o rescatar de los árboles de los vecinos. En los ratos libres, hacía recados y echaba una mano en la cocina. Sin embargo, Madre y Makepeace dormían en un jergón en un cuartucho, lleno de corrientes de aire, apartado del resto. Estaban en aquella familia como de prestado, expuestas a que les arrebataran el sitio sin previo aviso.

—O algo peor, alguien puede llamar al pastor —añadió Madre—. O quizá... otros pueden enterarse.

Makepeace no sabía quiénes podían ser los «otros», pero esos otros siempre eran una amenaza. Después de vivir diez años con Madre, la niña había aprendido a no fiarse de nadie.

—¡Lo he intentado!

Noche tras noche, Makepeace había rezado con fervor, y después, acostada en la oscuridad, se había obligado a no soñar. No obstante, la pesadilla había ido en su busca, repleta de rayos de luna, susurros y cosas medio informes.

—¿Qué puedo hacer? ¡Quiero impedirlo!

Madre estuvo callada mucho rato, luego estrechó la mano de Makepeace.

—Te voy a contar un cuento —dijo, como tenía costumbre cuando debía tratar un asunto serio—. Había una vez una niña perdida en el bosque a la que perseguía un lobo. Ella corría y corría hasta despellejarse los pies, pero sabía que el lobo le seguía el rastro y no dejaría de perseguirla, y también sabía que al final debería tomar una decisión. Podía seguir corriendo y escondiéndose para siempre o podía parar y de-

fenderse con un palo afilado. ¿Cuál sería la decisión acertada, Makepeace?

Makepeace supo que ese no era un cuento cualquiera y que la respuesta era muy importante.

–¿Puedes defenderte de un lobo con un palo afilado? –preguntó Makepeace, recelosa.

–Con un palo tienes una oportunidad. –Su madre esbozó una sonrisa triste–. Una oportunidad pequeña, porque es peligroso dejar de correr.

Makepeace estuvo pensando mucho rato.

–Los lobos son más rápidos que las personas –dijo al fin–. Aunque la niña siguiera corriendo, al final la alcanzaría y se la comería. La niña debería usar un palo afilado.

Madre asintió. No dijo nada más. Tampoco terminó de contarle el cuento. A Makepeace se le heló la sangre en las venas. Madre se ponía así a veces. Las conversaciones se transformaban en acertijos plagados de trampas y tus respuestas tenían consecuencias.

Desde que Makepeace tenía memoria, las dos habían vivido en la concurrida ciudad de Poplar. Era incapaz de imaginar el mundo sin la peste a humo de carbón y brea que llegaba flotando de los inmensos y ruidosos astilleros, los susurrantes álamos a los que debía su nombre y las marismas de un verde lozano donde pastaba el ganado. Londres, a unas cuantas millas de allí, era una masa amenazante y prometedora. A Makepeace todo aquello le resultaba natural, tan natural como respirar. Sin embargo, se sentía fuera de sitio.

Madre nunca decía «esta no es nuestra casa». Pero su mirada no cesaba de repetirlo.

Cuando se instalaron en Poplar, Madre le cambió el nombre a su pequeña. Le puso Makepeace para que a las dos las aceptaran mejor. Makepeace ignoraba cuál era su primer nombre y cuando lo pensaba se sentía un tanto irreal. «Makepeace» no parecía un nombre de verdad. Era como una ofrenda, una forma de «estar en paz» con Dios y con las gentes devotas de Poplar. Era una especie de disculpa que llenaba el hueco que debería haber ocupado el padre de Makepeace.

Todas las personas de su entorno eran devotas. Así se describían los miembros de la comunidad, no por orgullo, sino para diferenciarse de cuantos enfilaban la senda en cuyo final se encontraba la entrada al infierno. Makepeace no era la única con un nombre raro, de sonido piadoso. Había unos cuantos más: Verdad, Voluntad de Dios, Desolado, Liberación, Quitapecado y otros por el estilo.

Cada dos noches, utilizaban el cuarto de la tía para reunirse, rezar y leer la Biblia, y los domingos iban todos caminando hasta la imponente iglesia de piedra gris.

El pastor era amable si te lo cruzabas en la calle, pero en cuanto se subía al púlpito resultaba aterrador. Al ver las caras embelesadas de los demás feligreses, Makepeace era consciente de que aquel hombre debía de albergar verdades inmensas y luminosas y un amor como un cometa helado. Predicaba que en domingo había que mantenerse firmes ante las malignas tentaciones de la bebida, los juegos de azar, el baile, los teatros y la alegría gratuita, pues no eran más que celadas colocadas por el diablo. Les hablaba de lo que ocurría en Londres y el ancho mundo, de la última traición en los tribunales, de las sucias conjuras de los católicos. Sus

sermones daban miedo, pero resultaban apasionantes. A veces, Makepeace salía de la iglesia con la sensación de que los fieles eran soldados radiantes unidos contra las fuerzas del mal. Por un instante creía que Madre y Makepeace formaban parte de algo mayor, algo maravilloso junto con sus vecinos. La sensación duraba poco. No tardaban en volver a ser un ejército solitario de dos efectivos.

Madre nunca decía «No son amigos nuestros», pero afe-rraba con más fuerza la mano de Makepeace cuando entraban en la iglesia, iban al mercado o se detenían en la calle a saludar a alguien. Era como si alrededor de Madre y Makepeace se alzara una valla invisible que las separase del resto. Por eso, Makepeace sonreía con timidez a los niños, del mismo modo que Madre sonreía con timidez a las madres. Esos otros niños, los que tenían padre.

Los niños son pequeños sacerdotes para sus padres, que observan todos sus gestos, todas sus expresiones en busca de señales de su divina voluntad. Desde su más tierna infancia, Makepeace supo que las dos nunca estarían realmente a salvo, y que el mundo podía volverse en su contra.

Para compensar, Makepeace había aprendido a buscar consuelo y compañía en los seres mudos. Comprendía la atareada malicia de los tábanos, la rabia miedosa de los perros, la plúmbea paciencia de las vacas.

A veces esa actitud suya resultaba inconveniente. En cierta ocasión, le partieron el labio y le hicieron sangrar la nariz por gritarle a unos niños que apedreaban el nido de un pájaro. Matar pájaros para la cazuela o robar huevos para el desayuno estaba bien, pero la crueldad estúpida y absurda provocaba en Makepeace una rabia incontenible que ella

nunca supo cómo explicar. Los niños, desconcertados por sus gritos, no tardaron en dirigir sus pedradas hacia ella. Tenía su lógica. La crueldad era normal, formaba parte de sus vidas como las flores y la lluvia. Estaban acostumbrados a la palmeta de la escuela, a los chillidos de los cerdos en la carnicería y al serrín ensangrentado del reñidero. Destrozar pequeñas vidas plumíferas les resultaba tan natural y satisfactorio como chapotear en los charcos.

Si destacabas, te daban en la nariz y te hacían sangrar. Para sobrevivir, Madre y Makepeace debían pasar inadvertidas. No siempre lo conseguían del todo.

Después del cuento del lobo, a la noche siguiente, Madre llevó a Makepeace al viejo cementerio sin darle ninguna explicación.

Por la noche la iglesia parecía cien veces más grande, su torre era un rectángulo implacable de un negro absoluto. La hierba se apelotonaba seca bajo los pies y se teñía de gris bajo la luz de las estrellas. En una esquina del cementerio se alzaba una capilla de ladrillo, largo tiempo en desuso. Madre entró con Makepeace y en un rincón oscuro del edificio depositó un montón de mantas.

—¿Podemos irnos a casa? —preguntó Makepeace. Se le puso piel de gallina. Notó una presencia, se sintió rodeada de ellas. La intranquilizaba el roce inquieto de su proximidad, eran como patas de araña deambulando en su cabeza.

—No —dijo Madre.

14 —¡Esto está lleno de cosas! —Makepeace pugnó por contener el miedo—. ¡Las noto! —Horrorizada, reconoció la sensación. Era el mismo hormigueo pavoroso que precedía sus

pesadillas, la misma sensación de estar ante enemigos al acecho-. Los demonios de mis sueños...

-Lo sé.

-¿Qué son? -susurró Makepeace-. ¿Están... muertos? -En el fondo de su corazón ya sabía la respuesta.

-Sí -contestó Madre, con el mismo tono frío y calmado-. Escúchame. Los muertos son como los que se ahogan. Agitan los brazos en la oscuridad, tratando de aferrarse a lo que pueden. Tal vez su intención no sea hacerte daño, pero te lo harán si los dejas.

»Esta noche dormirás aquí. Intentarán abrirse paso a zarpazos para meterse en tu cabeza. Pase lo que pase, no dejes que lo hagan.

-¿Cómo? -exclamó Makepeace horrorizada, olvidando por un momento la conveniencia de ser sigilosa-. ¡No! ¡No puedo quedarme aquí!

-Es preciso -dijo Madre. Su cara, esculpida en plata por la luz de las estrellas, no mostraba ni una pizca de dulzura ni transigencia-. Debes quedarte aquí y preparar ese palo afilado.

Madre siempre se mostraba de lo más rara cuando se trataba de algo importante. Era como si en el arcón de los vestidos, oculto debajo de sus trajes domingueros, guardase otro yo, un yo terco, incomprensible, ultramundano, un yo que utilizaba en casos de urgencia. Cuando se ponía así, ya no era Madre, sino Margaret. Sus ojos se volvían más profundos, el pelo debajo del gorro, más abundante y brujesco, y se concentraba toda en algo que Makepeace no alcanzaba a ver.

Cuando Madre se ponía así, Makepeace agachaba la cabeza y no discutía. En esta ocasión, sin embargo, el terror se apoderó de ella. Suplicó como nunca lo había hecho. Argu-

mentó, protestó, lloró y, con rabiosa desesperación, se agarró del brazo de Madre. Madre no podía dejarla ahí, no podía, no podía...

Madre se soltó, dio un empujón a Makepeace que la hizo tambalear y retroceder. Después salió, cerró de un portazo la capilla y el interior quedó sumido en la más negra de las oscuridades. Se oyó un ruido sordo cuando la tranca metálica quedó encajada en su sitio.

—¡Madre! —gritó Makepeace sin importarle que las sorprendieran. Aporreó la puerta, pero esta no cedió—. ¡Ma!

Nadie le contestó. Los pasos de su madre resonaron cada vez más débiles. Makepeace se quedó a solas con los muertos, la oscuridad y el ululato distante de las lechuzas que traía el viento.

Acurrucada en el nido de mantas, Makepeace pasó horas sin pegar ojo, temblando de frío, oyendo a lo lejos el grito de las raposas. Notaba aquellas cosas ocultas en los rincones de su mente; esperaban su momento, esperaban que se durmiera.

—Por favor —rogaba, cubriéndose las orejas con las manos, en un intento por no oír los susurros—. Por favor, no. Por favor...

A la larga, el sueño se apoderó de Makepeace contra su voluntad y la pesadilla fue a buscarla.

Como en otras ocasiones, Makepeace soñó con un cuarto angosto y oscuro: el suelo era de tierra, y las paredes, de piedra renegrada. Intentaba cerrar los postigos para impedir que la luz de la luna se filtrase. Quería impedirlo porque llegaba cargada de murmullos. Pero los postigos no encajaban en el centro y el pestillo estaba roto. Al otro lado de la rendija, la

noche enferma bostezaba y las estrellas titilaban aquí y allá como botones sueltos.

Makepeace empujaba los postigos con todas sus fuerzas, pero, impulsadas por el aliento de la noche, las cosas muertas se colaban en la capilla a cientos. Chillando se lanzaban sobre ella en picado con sus caras humeantes e informes. Makepeace se tapaba las orejas, cerraba bien los ojos y la boca; sabía que querían entrar en su cabeza.

Zumbaban y aullaban cerca de sus orejas; Makepeace procuraba no entenderlas e impedir que sus sonidos suaves y enfermizos se transformasen en palabras. La luz pálida se abría paso entre sus párpados; los murmullos le lamían las orejas para filtrarse; sus presencias fueron espesando el aire hasta que la pobre niña tuvo que respirar...

Makepeace despertó sobresaltada, el corazón le latía con tanta fuerza que sintió náuseas. Por instinto tendió la mano en busca del calor y el consuelo de Madre dormida.

Pero Madre no estaba allí. Makepeace recordó dónde se encontraba y se le cayó el alma a los pies. Esta vez no estaba sana y salva en casa. Se encontraba atrapada, sepultada, rodeada de muertos.

Un ruido repentino la dejó petrificada. Un crujido quebradizo en el suelo resonó con asombrosa fuerza en la noche helada.

Sin previo aviso, algo pequeño y ligero saltó por encima del pie de Makepeace. La niña reaccionó con un grito, pero de inmediato el pulso se le fue calmando. Había notado el roce leve de una piel, las cosquillas de unas uñas diminutas.

Un ratón. En algún lugar de la pequeña capilla los ojos relucientes de un ratón la observaban. No estaba a solas con

los muertos después de todo. El ratón no era amigo suyo, por supuesto. Le importaría poco si las cosas muertas acababan con ella o la volvían loca. Pero la tranquilizaba pensar que había entrado para protegerse de los búhos y de las bestias que rondaban ahí fuera en la noche. No lloraba, no rogaba que le perdonasen la vida. Le daba igual si lo rechazaban. Sabía que solo contaba consigo mismo. En alguna parte, su corazón del tamaño de una pasa de uva latía con la firme voluntad de seguir viviendo.

El corazón de Makepeace no tardó en imitarlo.

No veía ni oía a los muertos, pero notaba cómo manoteaban en los confines de su mente. Esperaban que se cansara, que se asustara, que bajara la guardia, para lanzar el ataque definitivo. Pero Makepeace había encontrado el nudo de la terquedad.

Le costó mantenerse despierta. Makepeace se pellizcó, se paseó de acá para allá durante aquellas horas negras e interminables, hasta que al fin vio que la noche se rendía a la luz gris del alba. Temblorosa y mareada, con un gran cansancio mental, había conseguido sobrevivir.

Madre fue a recogerla justo antes del amanecer. Con la cabeza gacha, Makepeace la siguió en silencio hasta la casa. Sabía que Madre siempre hacía las cosas por un motivo. Sin embargo, era la primera vez que tenía la sensación de que no iba a perdonarla y que después nada sería igual.

Todos los meses, Madre llevaba a Makepeace al cementerio. A veces, pasadas cinco o seis semanas, Makepeace abrigaba la esperanza de que Madre se olvidara de aquella empresa. Y entonces Madre comentaba que le parecía que «la noche

sería cálida», y a la niña le daba un vuelco el corazón porque sabía lo que eso suponía.

Makepeace no se animaba a protestar. El recuerdo de cómo se había humillado aquella primera noche la ponía enferma.

Quien deja el orgullo a un lado para suplicar con todo el corazón y comprueba que su esfuerzo es vano, después nunca más vuelve a ser la misma persona. En su fuero interno algo muere para que nazca algo nuevo. Tras esta experiencia, su percepción del mundo se depositó sobre su alma como el rocío invernal. Makepeace tuvo conciencia de que no volvería a sentirse segura y querida como antes. Y supo que jamás volvería a suplicar.

De manera que en cada ocasión seguía a su madre con cara de piedra. El ratoncito de la capilla le había dado una gran lección. Los fantasmas no eran matones crueles con los que se pudiera razonar. Eran depredadores y ella era la presa, de modo que si quería sobrevivir debía mostrarse terca y firme y mantenerse alerta. Nadie más iba a salvarla.

Palmo a palmo, con gran esfuerzo, Makepeace comenzó a construirse sus propias protecciones. Mientras la lluvia caía rítmica y el aliento de la niña se enroscaba en el aire helado, Makepeace recitó plegarias caseras y palabras de expulsión inventadas. Aprendió a resistir el embate y el zarandeo de los espíritus de los muertos, a arremeter contra ellos, pese a que el contacto le daba asco. Se imaginaba como Judit, la de la Biblia, en el campamento enemigo empuñando la espada tomada en préstamo, bañada con la sangre de un general. *Acercaos*, pedía a los susurradores nocturnos, *y os haré pedazos*.

Entretanto, los seres vivos del cementerio la ayudaban a conservar la calma y la cordura. Los correteos entre los arbustos, las fantasmagóricas voces aflautadas, el aleteo de los murciélagos ahora le resultaban un consuelo. Incluso sus garras y sus dientes eran francos. Los humanos, vivos y muertos, podían volverse de pronto en tu contra, pero los seres salvajes se limitaban a vivir a su manera bruta y simple, sin prestarte atención. Al morir, no dejaban fantasmas. Cuando un gato mataba a un ratón, o a una gallina le retorcían el pescuezo, o sacaban del río a un pez, Makepeace veía las volutas de sus espíritus deshacerse al instante como la bruma matutina.

El resentimiento de Makepeace, cual caldero hirviente, necesitaba un desahogo. En lugar de quejarse de los viajes nocturnos, Makepeace se dedicaba a discutir con Madre sobre otras cuestiones, se rebelaba y formulaba preguntas prohibidas como nunca había hecho antes.

En especial, empezó a preguntar por su padre. Hasta ese momento, Madre había desbaratado ese tipo de preguntas con una sola mirada y Makepeace se había conformado con hacer acopio de los detalles nimios que su madre iba dejando caer. Su padre vivía lejos en una casa antigua. No quería a su lado ni a Madre ni a Makepeace. De pronto todo aquello le pareció insuficiente y a la niña le dio rabia haber tenido miedo de preguntar.

—¿Por qué no me dices cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Sabe dónde estamos? ¿Cómo sabes que no nos quiere a su lado? ¿Sabe que existo?

Madre no contestaba semejantes preguntas, pero sus miradas fulminantes ya no amedrentaban a Makepeace.

Ninguna de las dos sabía qué hacer con la otra. Desde el nacimiento de Makepeace, Madre lo había decidido todo, y Makepeace se había conformado, pero ahora ignoraba por qué había dejado de ser dócil. A Madre nunca le había hecho falta transigir y no sabía cómo hacerlo. Seguramente, si sometía a Makepeace con la fuerza de su personalidad, todo volvería a la normalidad. Pues no. Todo había cambiado.

A los dos años de su primera expedición para «afilarse el palo», tras una noche insomne especialmente dura, Makepeace regresó de la capilla temblando sin parar. Días después sufrió una fiebre abrasadora y le dolieron todos los músculos. Al cabo de dos semanas, la lengua se le cubrió de manchas, y la cara, de la erupción inconfundible de la viruela.

El mundo fue un lugar ardiente, oscuro y tremendo durante un tiempo, y Makepeace se hundió en un terror sofocante y abismal. Sabía que probablemente moriría; también sabía cómo eran las cosas muertas. No conseguía pensar con tino, y a veces se preguntaba si no se habría muerto ya. Pero la marea negra de la enfermedad fue bajando poco a poco y ella salió viva, con un par de marcas de viruela en una mejilla. Cuando las veía reflejadas en el agua del cubo, notaba un espasmo de miedo en la boca del estómago. Imaginaba la silueta esquelética de la muerte tratando de tocarle la cara con la punta de dos dedos huesudos para retirar luego la mano despacio.

Una vez recuperada, transcurrieron tres meses sin que Madre hablara del cementerio; entonces Makepeace supuso que la viruela había disuadido a Madre de su empresa.

Por desgracia, se equivocaba.

Capítulo 2

El sol brillaba débil aquel día de mayo en que Makepeace y Madre se aventuraron a ir a la ciudad a vender encajes. La primavera era templada, pero Londres bullía como una nube tormentosa. La niña deseó que no estuviesen allí.

Como había ocurrido con Poplar y Londres, Makepeace había ido cambiando y volviéndose iracunda. A juzgar por los rumores que circulaban entre los aprendices adolescentes, en el país entero pasaba lo mismo.

Durante los rezos, la tía Susan, la de la nariz colorada, siempre había tenido visiones del fin del mundo: el mar rebosaba sangre y la mujer envuelta en el sol de la que hablaba la Biblia se paseaba por la calle Mayor de Poplar. Sin embargo, ahora eran muchos más los que hablaban así. Hacía dos veranos, se decía que, en el curso de una terrible tempestad, las nubes inmensas habían tomado la forma de dos nutridos ejércitos. Ahora flotaba en el aire la inquietante sensación de que esos dos ejércitos podían estar formándose de verdad a lo largo del territorio.

Los habitantes de Poplar siempre habían rezado mucho; ahora rogaban como un pueblo asediado. Cundía la sensación de que el país estaba en peligro.

Makepeace no conseguía hacer acopio de todos los detalles, pero entendía su esencia. Los católicos habían puesto en marcha una trama diabólica para seducir al rey Carlos y ponerlo en contra de su pueblo. Los hombres buenos del Parlamento intentaban hacerlo entrar en razón, pero el rey no les prestaba atención.

Nadie se atrevía a culpar al rey directamente. Hubiera sido traición y podía conducir a que te cortasen las orejas o te marcaran la cara con hierros candentes. No, todos coincidieron en que la culpa era de los malvados consejeros reales, el arzobispo Laud, el negro tirano Tom (conocido como el conde Strafford) y, por supuesto, la malvada reina María, que envenenaba la mente del rey con sus artimañas francesas.

Si no se les ponía coto, convencerían al rey para que fuese un tirano sangriento. Se convertiría a la religión falsa y enviaría a sus tropas para asesinar a todos los protestantes leales del país y temerosos de Dios. El diablo en persona andaba suelto, susurrando a los oídos, obnubilando las mentes, dando forma a las obras de los hombres con manos sutiles y taimadas. Era como si de un momento a otro en el camino fueran a aparecer sus huellas chamuscadas.

En Poplar, el miedo y la indignación eran muy reales, pero Makepeace también notaba una corriente subyacente de fiero entusiasmo. Si de verdad todo se desmoronaba, si se avecinaban tiempos de duras pruebas, si el mundo se acababa, la piadosa Poplar estaría preparada. Eran soldados cristianos dispuestos a resistir, rezar y marchar.

Mientras recorría las calles londinenses, Makepeace sentía el cosquilleo de ese mismo entusiasmo, de esa misma amenaza.

–¡Qué mal huele por aquí! –dijo. Madre era su otro yo, de modo que resultaba natural que la niña expresara sus pensamientos apenas esbozados.

–Es el humo –aclaró Madre, cortante.

–No –dijo Makepeace. En realidad, no se trataba de un olor, y sabía que Madre la entendía. Era más bien un erizarse de los sentidos, como antes de una tormenta–. Huele a metal. ¿Podemos volver a casa?

–Sí –dijo Madre, seca–. Podemos volver a casa y comer piedras porque a ti no te da la gana de que nos ganemos el pan. –No aminoró el paso.

Londres siempre sofocaba a Makepeace. Había demasiada gente, demasiados edificios, demasiados olores. Ese día, sin embargo, en el aire notaba cierta ferocidad, cierto burbujeo. ¿Por qué se sentía más nerviosa de lo habitual? ¿Qué había cambiado? Miró hacia todos lados y vio decenas de carteles nuevos pegados en puertas y postes.

–¿Qué son? –murmuró. Era una pregunta inútil. Ni Madre ni Makepeace sabían leer. Las letras de negros trazos parecían estar gritando.

–Estruendosos leones de tinta –dijo Madre. Londres estaba inundada de panfletos coléricos, sermones impresos, profecías y denuncias, algunas referidas al rey, otras, al Parlamento. Madre siempre los llamaba «leones de tinta». Mucho rugido y poca garra, decía.

En los últimos dos días se habían producido muchos rugidos silenciosos. Dos semanas antes, por primera vez

en años, el rey había convocado al Parlamento y todos los conocidos de Makepeace se habían declarado aliviados. Pero hacía dos días, presa de justa cólera real, el rey había vuelto a disolver el Parlamento. Los rumores alcanzaron proporciones de ominoso estruendo; fue como si el sol pálido se tambalease en el cielo: todo el mundo esperaba que ocurriese algo. Al menor estallido o grito, la gente levantaba la vista. Con sus expresiones parecían preguntar: «¿Ha comenzado ya?» Nadie sabía a ciencia cierta qué era lo que debía comenzar, pero todos estaban seguros de que llegaría.

–Ma... ¿por qué hay tantos aprendices en la calle? –murmuró Makepeace.

Eran decenas, en portales y callejones se los veía ociosos, en grupos de dos o de tres, las cabezas rapadas, inquietos, las manos callosas de tanto trabajar en los telares y los tornos. Los más jóvenes tenían catorce años, los mayores, poco más de veinte. Deberían haber estado trabajando, satisfaciendo los caprichos de sus maestros, pero no, estaban ahí.

Los aprendices eran las veletas indicadoras del humor de la ciudad. Cuando Londres estaba en paz consigo misma, ellos eran solo muchachos que se entretenían, coqueteaban, aguijoneaban al mundo con sus crudos e ingeniosos chascarrillos. Pero cuando la agitación recorría Londres, ellos cambiaban. Un rayo iracundo y oscuro se arqueaba invisible entre ellos y, en ocasiones, estallaban en forma de turbas apasionadas y agrestes que destrozaban puertas y cráneos con sus botas y garrotes.

Madre observó los grupitos ociosos a su alrededor y también empezó a preocuparse.

–Hay muchos por aquí –dijo en voz baja–. Nos iremos a casa. El sol se está poniendo. Y... necesitarás estar fuerte. Esta noche será cálida.

Por un momento, Makepeace sintió alivio hasta que la frase de Madre cobró todo su sentido. Makepeace paró en seco, abrumada por la indignación y la incredulidad.

–¡No! –exclamó, sorprendida de su propia firmeza–. ¡No iré! ¡No volveré a ir al cementerio!

Madre miró tímidamente a su alrededor, agarró de la mano a Makepeace con mucha firmeza y la arrastró a la entrada de un callejón.

–¡Es preciso! –Madre aferró a Makepeace de los hombros y la miró a los ojos.

–¡La última vez estuve a punto de morir! –protestó Makepeace.

–Te contagiaste la viruela de la hija de los Archer –le soltó Madre sin dudarlo–. El cementerio no tuvo nada que ver. Algún día me darás las gracias. Ya te lo he dicho, te ayudo a afilar el palo.

–¡Lo sé, lo sé! –exclamó Makepeace, incapaz de disimular la frustración–. Los «lobos» son los fantasmas, y quieres que aprenda a ser fuerte para mantenerlos a raya. Pero ¿por qué no puedo alejarme de los cementerios? ¡Si me mantengo lejos de los fantasmas, estaré a salvo! ¡Y tú te empeñas en lanzarme a los lobos una y otra vez!

–Te equivocas –dijo Madre en voz baja–. Estos fantasmas no son los lobos. En comparación, estos fantasmas son solo briznas. Pero los lobos están ahí fuera, Makepeace. Te están buscando, y el día menos pensado te encontrarán. Ruega por que cuando lo hagan, te encuentren bien crecida y fuerte.

–Lo que quieres es asustarme –dijo Makepeace. Le temblaba la voz, pero esta vez era de rabia, no de miedo.

–¡Claro que sí! ¿Acaso crees que eres una pobre mártir, ahí sentada por las noches con los fuegos fatuos lamiéndote la cara? Esto no es nada. Ahí fuera es mucho peor. Deberías estar asustada.

–¿Por qué, entonces, no podemos pedirle a mi padre que nos proteja? –Era aquel un terreno peligroso, pero Makepeace había llegado demasiado lejos para echarse atrás–. ¡Seguro que él no me dejaría estar en los cementerios!

–Es la última persona a la que podemos pedir ayuda –dijo Madre con una amargura que Makepeace no había apreciado nunca–. Olvídate de él.

–¿Por qué? –Makepeace ya no podía soportar la carga de los silencios acumulados en su vida, de las cosas que no le permitían decir o preguntar–. ¿Por qué nunca me cuentas nada? ¡Ya no te creo! ¡Solo quieres que me quede contigo para siempre! ¡Quieres tenerme solo para ti! ¡Te niegas a que conozca a mi padre porque sabes que él me querría!

–¡No tienes ni idea de lo que te he salvado! –estalló Madre–. De haberme quedado en Grizehayes...

–Grizehayes –repitió Makepeace, y vio palidecer a su madre–. ¿Es ahí donde vive? ¿Es ahí donde está la vieja casa de la que me hablaste? –Tenía un nombre. Por fin tenía un nombre. Eso quería decir que podía buscarlo. Alguien, en alguna parte, sabría dónde estaba.

El nombre sonaba antiguo. No conseguía imaginar la casa a la que pertenecía. Era como si una pesada bruma de plata se interpusiera entre ella y sus torrecillas antiguas.

–No volveré al cementerio –dijo Makepeace. Su voluntad plantó su pica en la tierra, dispuesta a arremeter–. No pienso volver. Si me obligas, me escaparé. Me iré. Encontraré Grizehayes. Encontraré a mi padre. Y no volveré nunca más.

La sorpresa y la rabia se reflejaron en los ojos vidriosos de Madre. Había sido incapaz de hacer frente al nuevo desafío de Makepeace. La calidez abandonó al fin su expresión, dejándola fría y distante.

–Huye, pues –dijo con frialdad–. Si es lo que quieres, adiós y buen viaje. Pero cuando estés en manos de esa gente, ni se te ocurra decir que no te lo advertí.

Madre jamás cedía, jamás se ablandaba. Cuando Makepeace la ponía a prueba, Madre siempre subía la apuesta, descubriría su bravata y le devolvía el golpe con más dureza. Decir que huiría no había sido más que un desplante, pero, al sostener la mirada de Madre, Makepeace pensó por primera vez que podía hacerlo. Fue pensarlo y sentirse liviana y quedarse sin aliento.

Madre miró entonces por encima del hombro de Makepeace, hacia la calle principal, y el horror la dejó agarrotada. Exhaló unas pocas palabras tan leves que Makepeace apenas las captó.

... En mentando al rey de Roma...

Makepeace miró por encima del hombro y atisbó a un hombre alto, envuelto en una sobreveste de lana azul, que pasaba a grandes zancadas. Era relativamente joven, pero ya tenía la mata revuelta de pelo completamente blanca.

28 Conocía el antiguo dicho: «En mentando al rey de Roma, luego asoma». Madre había estado hablando de «esa gente», la gente de Grizehayes, y luego ella había visto a ese hombre.

¿Sería entonces de Grizehayes? ¿O incluso el padre de Makepeace?

Makepeace observó la expresión de Madre y en ese mismo instante sintió un entusiasmo incontenible y triunfal. Dio media vuelta e intentó salir corriendo.

—¡No! —masculló Madre, aferrándola del brazo con ambas manos—. ¡Makepeace!

El sonido de su propio nombre chirrió en sus oídos. Estaba harta de armonizar con problemas que nunca quedaban explicados. Forcejeó y, tras soltarse, corrió hacia la calle principal.

—¡Acabarás conmigo! —gritó Madre—. ¡Detente, Makepeace!

Makepeace no se detuvo. A lo lejos alcanzó a ver la sobreveste azul y el pelo cano que desaparecían al doblar una esquina. El pasado se le escapaba.

Llegó a la esquina justo a tiempo de verlo desaparecer entre la muchedumbre y salió tras él. Makepeace oía a Madre gritar su nombre a su espalda, pero no volvió la vista atrás. Se limitó a perseguir la silueta lejana por una calle, luego otra, luego otra. En varias ocasiones creyó haber perdido su rastro, pero poco después divisaba a lo lejos una mata de pelo cano.

Makepeace no podía darse por vencida ni siquiera cuando se vio cruzando el puente de Londres y entrando en Southwark. Los edificios a ambos lados eran más sucios, y los olores, más agrios. De las tabernas de la ribera le llegaban las risas, y del río, juramentos y crujir de remos. Además, estaba más oscuro. El sol se fue escondiendo y el cielo adquirió el tono de la hojalata oxidada. Pese a ello, las calles estaban inusitadamente atestadas. La gente le impedía avanzar y ver al hombre del pelo cano.

Solo cuando una de las calles la lanzó a un amplio espacio abierto, se detuvo, amilanada. Bajo sus pies crecía la hierba; comprendió que se encontraba al borde de St George's Fields. A su alrededor bullía una multitud sombría, inquieta, ronca, las cabezas recortadas contra el crepúsculo. Fue incapaz de calcular hasta dónde llegaban, pero eran cientos de voces, todas varoniles. Del hombre del cabello cano no había rastro.

Makepeace miró a su alrededor y mientras recuperaba el aliento fue consciente de las miradas duras y curiosas que atraía. Vestía ropas sencillas, de lana e hilo baratos, pero el pañuelo y la cofia eran respetables y estaban limpios; en aquel lugar ese detalle bastaba para llamar la atención. Además, era una muchacha sola y menor de trece años.

–¡Hola, amorcito! –gritó una de las siluetas oscuras–. Has venido a infundirnos valor, ¿eh?

–No –dijo otro–, está aquí para marchar con nosotros, ¿no es así, señorita? ¡Que lance taburetes a esos desgraciados como las damas escocesas! ¡A ver ese garrote! –Media decena de hombres rieron a carcajadas y Makepeace percibió en sus burlas la amenaza.

–¿No es esa la hija de Margaret Lightfoot? –preguntó de pronto una voz más joven. Escudriñando en la oscuridad, Makepeace distinguió una cara conocida, un muchacho de catorce años, aprendiz de tejedor que vivía en Poplar, al lado de su casa–. ¿Qué haces tú aquí?

–Me he perdido –respondió Makepeace–. ¿Qué pasa?

–Estamos de cacería. –Una luz temible y salvaje iluminaba los ojos del aprendiz–. Perseguimos a ese zorro de William, el viejo arzobispo Laud.

Makepeace había oído aquel nombre cientos de veces: lo maldecían por ser uno de los perversos consejeros del rey.

–Llegaremos a su casa, llamaremos a su puerta y lo saludaremos. Como buenos vecinos. –Levantó el garrote y lo golpeó con fuerza en la palma de la otra mano, no cabía en sí de entusiasmo.

Makepeace adivinó demasiado tarde el mensaje de los carteles. Anunciaban un gran encuentro en St George's Fields. En cuanto los ojos de la niña se acostumbraron a la oscuridad, comprobó que había un nutrido número de aprendices en la multitud. Todos levantaban sus armas improvisadas, martillos, palos de escoba, atizadores y tablas, con un regocijo feroz indicador de que iban en serio. Estaban empeñados en sacar el mal de su palacio y partir su corona. En sus ojos Makepeace también vio que se trataba de un juego, un juego sangriento, como el hostigamiento de osos.

–¡Tengo que volver a casa!

Aquellas palabras tuvieron para Makepeace un sabor amargo. Había perdido su única oportunidad de saber más de su pasado, pero ¿y si también había perdido su casa? Su madre había descubierto su bravata cuando le dijo que huiera, y eso fue precisamente lo que hizo Makepeace.

El aprendiz frunció el ceño, se puso de puntillas, estiró el cuello para ver por encima de la multitud. Makepeace lo imitó lo mejor que pudo y vio que una masa de cuerpos que se dirigía a St George's Fields obstruía el camino que ella acababa de recorrer.

–No te separes de mí –le dijo, preocupado, el aprendiz al comprobar que la multitud avanzaba y los empujaba a los dos–. Conmigo estarás a salvo.

A Makepeace le costaba ver más allá de aquella aglomeración de siluetas altas, y a medida que era arrastrada oyó cada vez más voces que se sumaban al llamamiento y más risas que celebraban las chanzas. El ejército de aprendices era ahora muy amplio. ¡Con razón se mostraban tan confiados, tan llenos de determinación!

–¡Makepeace! ¿Dónde estás?

El clamor era tal que a punto estuvo de engullir la pregunta, pero Makepeace llegó a oírla. Era la voz de Madre, estaba segura. Madre la había seguido, había logrado alcanzarla y se encontraba detrás de ella.

–¡Ma! –gritó Makepeace mientras la multitud la arrastraba cual torbellino imparable.

–¡Ahí está el palacio de Lambeth! –se oyó aullar–. ¡Hay luz en las ventanas!

Makepeace olió de nuevo el río y vio un edificio enorme al borde del agua, con torres altas y cuadradas, sus almenas arañaban el cielo vespertino.

Del frente de la turba llegaban los gritos de una fuerte discusión; una tensión febril y temblorosa recorrió la multitud.

–¡Dad media vuelta! –aulló alguien–. ¡Volved a casa!

–¿Quién hay allá delante? –exigieron saber muchas voces entre el gentío. Recibieron una decena de respuestas distintas. Algunos dijeron que era el ejército, algunos que eran los hombres del rey, algunos que se trataba del arzobispo en persona.

–¡Cerrad la boca! –gritó al fin uno de los aprendices–. ¡Sacad fuera al zorro de William si no queréis que entremos a la fuerza y os ahuyentemos a todos!

Los demás aprendices respondieron con un rugido ensordecedor seguido de un avance enfurecido. El trozo de

cielo encima de Makepeace se redujo cuando se vio medio engullida por cuantos la rodeaban. De la cabecera de la turba provenían gritos de guerra y el clamor de hombres en lucha.

–¡Derribad la puerta! –gritó alguien–. ¡Pasadle la palanca!
–¡Romped las luces! –aulló alguien más.

Cuando sonó el primer disparo, Makepeace pensó que alguien había lanzado algo pesado contra los adoquines. Llegó el segundo disparo. Y el tercero. La muchedumbre se sacudió, algunos retrocedieron, otros arremetieron contra la casa. Makepeace recibió un rodillazo en el vientre y un garrote le dio de refilón en el ojo.

–¡Makepeace! –Otra vez la voz de Madre, aguda y desesperada, más cerca que antes.

–¡Ma! –La multitud que rodeaba a Makepeace repartía golpes, pero ella se abrió paso hacia la voz de su madre–. ¡Estoy aquí!

Allá delante alguien gritó.

Fue un chillido agudo y breve. Al principio Makepeace no supo qué era, nunca había oído a Madre gritar. Consiguió avanzar a codazos y en el suelo vio a una mujer tendida al pie de un muro, pisoteada por la multitud enceguecida.

–¡Ma!

Con la ayuda de Makepeace, Madre consiguió ponerse en pie. Tenía la cara cenicienta y, pese a la oscuridad, Makepeace alcanzó a ver los negros regueros de sangre que le bajaban por la cara. Se movía de un modo extraño, tenía un párpado cerrado y el brazo derecho le colgaba medio torcido.

–Te llevaré a casa –murmuró Makepeace con la boca seca–. Perdóname, Ma. Lo siento...

Por un instante, Madre volvió hacia Makepeace la mirada perdida, como si no la conociera. Luego se le crispó el gesto.

–¡No! –aulló con voz ronca, abofeteó a Makepeace y le dio un empujón–. ¡Apártate de mí! ¡Vete! ¡Vete!

Fue tal la sorpresa de la niña que trastabilló y cayó al suelo. Alcanzó a vislumbrar por última vez la cara de Madre, la mirada feroz y desesperada, y recibió luego una patada en la cara que la hizo llorar a mares. Alguien más le pisoteó la pantorrilla.

–¡Preparaos! –se oyó gritar–. ¡Ahí vienen! –Sonaron otra vez los disparos y fue como si las estrellas estallasen.

Unas manos fuertes asieron a Makepeace de los sobacos y la pusieron en pie. Un aprendiz alto se la echó al hombro sin ningún miramiento y la alejó de la línea del frente mientras ella se retorció y llamaba a su madre. El aprendiz la soltó a la entrada de un callejón.

–¡Corre, vete a casa! –le gritó con la cara enrojecida, y luego volvió al ataque, martillo en alto.

La niña nunca supo quién era ni qué fue de él.

Tampoco volvió a ver a Madre con vida.

El cuerpo de Madre fue hallado después del derramamiento de sangre y las detenciones, cuando los alborotadores se batieron en retirada. Nunca se supo a ciencia cierta con qué le golpearon la cabeza y le causaron la muerte. Tal vez un atizador blandido con furia, tal vez la patada accidental de una bota con tachuelas, tal vez una bala perdida que la alcanzó y siguió su camino.

34 Makepeace no lo sabía, ni le importaba. Madre había muerto en los disturbios y Makepeace la había llevado hasta allí. Ella tenía la culpa.

Y los fieles de la parroquia que, cuando les convenía, habían comprado el encaje y los bordados de Madre, decidieron que su preciado camposanto no era lugar para una mujer con una hija nacida fuera del matrimonio. El pastor, que en la calle siempre se había mostrado amable, ahora desde el púlpito decía que Margaret Lightfoot no había sido uno de los salvados.

Madre fue enterrada en suelo no consagrado, al borde de las marismas de Poplar, un lugar cubierto de zarzales tenaces donde solo llegaban el viento y los pájaros, y tan hermético como la propia Margaret Lightfoot.

Capítulo 3

Acabarás conmigo.

Makepeace no conseguía olvidar las palabras de Madre. La acompañaban en todo momento, a la luz del día, en las horas nocturnas. Imaginaba a Madre pronunciándolas, pero ahora con un tono firme y frío.

Yo la maté, pensaba Makepeace. Me escapé, ella me siguió y se puso en peligro. Yo tengo la culpa y al final me odió por ello.

Makepeace creyó que tal vez ahora la mandarían a dormir en la misma cama con sus primos, pero le permitieron que siguiera usando el jergón que había compartido con Madre. ¿Sería acaso porque intuían que era una asesina? ¿O sería que los tíos no estaban seguros de qué hacer con ella, ahora que los encajes de Madre no podían pagar su sustento?

Estaba sola. La valla que había rodeado a Makepeace y a Madre ahora solo rodeaba a esta última, separándola del resto del mundo.

Los miembros de la casa siguieron rezando como siempre, pero dedicaron algunas plegarias más a Madre. Makepeace comprobó que ya no podía orar como le habían enseñado, desnudando el alma ante el Señor. Lo intentó, pero cuando hurgaba en su interior solo encontraba un vacío blanco y feroz como un cielo de octubre, nada que pudiera transformar en palabras. Se preguntó si habría perdido el alma.

La segunda noche, sola en su cuarto, Makepeace intentó descubrir sus sentimientos. Se obligó a rezar por el alma de Madre y la suya propia en busca de perdón. El intento la dejó estremecida, pero no de frío. Temía que Dios la escuchara con su gélida ira implacable y escarbara hasta el último pliegue podrido de su alma. Al mismo tiempo, temía que Él no la escuchara en absoluto, que nunca la hubiese escuchado, que nunca la escucharía.

El esfuerzo la dejó extenuada y luego se durmió.

Toc, toc, toc.

Makepeace abrió los ojos. Se vio sola en la cama helada, la espalda curvada de Madre no estaba a su lado. En la oscuridad aquella pérdida le resultó más insoportable.

Toc, toc, toc.

El sonido provenía de los postigos. Tal vez estuvieran abiertos. De ser así, golpearían toda la noche y la mantendrían despierta. Se levantó a regañadientes y se acercó a tientas a la ventana, pues conocía el cuarto de memoria y no necesitaba luz. Palpó el pestillo y comprobó que estaba cerrado. La punta de sus dedos notó entonces la vibración de algo que volvía a golpear el exterior del postigo.

Detrás de las tablillas de madera oyó otro ruido. Tan suave y amortiguado que el oído lo percibía apenas como un cos-

quilleo, pero sonaba a una voz humana. Su tono tenía algo tremendamente familiar. A Makepeace se le erizó el pelo de la nuca.

Otra vez. Una especie de sollozo contenido contra el exterior del postigo. Una sola palabra.

Makepeace.

En cientos de pesadillas, Makepeace había peleado en vano por mantener cerrados los postigos del sueño e impedir que los fantasmas enloquecidos entraran a raudales para atacarla. Le temblaron las manos al recordarlo, pero sus dedos no abandonaron el pestillo.

Los muertos son como los que se ahogan, había dicho Madre.

Makepeace imaginó a su madre ahogándose en el aire nocturno, agitando los brazos lentamente, el pelo negro flotando suelto. La imaginó indefensa, sola, desesperada por encontrar algo a que aferrarse.

–Estoy aquí –susurró–. Soy yo... Makepeace. –Apoyó la oreja en el postigo y esta vez creyó distinguir las palabras mudas de la respuesta.

Déjame entrar.

A Makepeace se le heló la sangre, pero se dijo que no debía tener miedo. Madre no sería como las otras cosas muertas. Era diferente. Fuera lo que fuese lo de ahí fuera, seguiría siendo Madre. Makepeace no podía abandonarla. Y menos por segunda vez.

Descorrió el pestillo y abrió el postigo.

En el cielo de carbón titilaban unas cuantas estrellas. Una brisa pegajosa penetró en el cuarto y se le puso la piel de gallina. La certeza de que algo más había entrado con la brisa

cayó como un peso sobre el pecho de Makepeace. La oscuridad adquirió una textura nueva y ya no se sintió sola.

La asaltó el miedo atroz de haber hecho algo irrevocable. Notó un cosquilleo en todo el cuerpo. Era otra vez aquel roce como de patas de araña deambulando en su cabeza. El toque vacilante de los muertos.

Se apartó de un salto de la ventana y procuró reforzar sus defensas mentales. Pero cuando pensaba en Madre, los encantamientos de su cosecha eran tan inútiles como las canciones infantiles. Makepeace cerró con fuerza los ojos, pero siguió recordando la cara de Madre a la luz de las velas, como aquella primera noche en la capilla. Una criatura extraña, con una expresión inescrutable y ni un ápice de blandura.

Notó una corriente en el cuello, el aliento de algo que ya no respiraba. Un cosquilleo en la cara y la oreja, un mechón suelto de su propio pelo, tenía que ser eso. Se quedó muy quieta, respirando apenas.

—¿Ma? —preguntó, el susurro fue tan débil que apenas rozó el aire.

Una voz respondió. Era casi una voz. Una fusión de sonidos, el baboseo de un idiota compuesto de consonantes rotas y derramadas como yemas de huevo. Tan cerca de su oreja que fue como un zumbido.

Makepeace abrió los ojos. Y en el aire, allí, una cara distorsionada, grisácea como las polillas, se arremolinó ante su vista. Sus ojos eran dos agujeros, su boca un hoyo mustio y gimiente. La niña retrocedió de un salto hasta chocar contra una pared. No podía dejar de mirar; deseó estar equivocada, incluso cuando aquella cosa se proyectaba hambrienta hacia ella con dedos de humo.

Makepeace cerró los ojos justo a tiempo y notó en los párpados un roce helado. Era la pesadilla, eran todas sus pesadillas, pero ahora no tenía esperanza alguna de despertar. Se tapó los oídos no sin antes haber comprendido los sonidos suaves, tremendos.

Déjame entrar... Déjame entrar... Makepeace, déjame entrar...

A tuestas se fue abriendo paso en su mente, derribando sus defensas. Encontró las grietas causadas por la pena, el amor y los recuerdos y las profundizó con aquellos dedos crueles y ávidos. A medida que avanzaba le fue arrancando pedazos del corazón y la mente. Sabía cómo sortear sus defensas, conocía el sendero que llevaba a lo más profundo, a lo más tierno.

Con la fiereza que da el miedo, Makepeace se defendió.

Arremetió con su mente la blandura humeante de la cosa y notó sus gritos a medida que la destrozaba y la hacía pedazos. Sus trozos sueltos se agitaban sin sentido como gusanos partidos, intentaban abrirse paso hasta el fondo de su alma. La cosa luchó, se agitó, intentó aferrarse a la niña. No pronunciaba palabras, solo emitía gemidos y lamentos.

Makepeace no quería volver a abrir los ojos. Pero lo hizo, un solo instante, al final. Para comprobar si se había ido.

Vio entonces en qué se había convertido la cara, qué le había hecho. Vio el miedo y un rictus parecido al odio reflejado en sus facciones retorcidas y evanescentes.

Apenas era una cara. Pero seguía siendo Madre.

Después, Makepeace no recordó haber gritado sin parar. Cuando recobró el dominio de sí misma, se vio sentada en el suelo, parpadeando a la luz de la vela sostenida por

su tía, tratando de contestar las preguntas de la familia. El postigo estaba entornado y golpeaba mecido por la brisa, *toc, toc, toc*.

La tía le dijo a Makepeace que debía haberse caído de la cama durante la pesadilla. La niña deseó que estuviera en lo cierto. El comentario no la tranquilizó del todo, pues sabía que los fantasmas con los que peleaba en sueños eran reales. Pero Dios mío, por favor, que este no lo sea. Este no podía haberla atacado y Makepeace no podía haberlo hecho pedazos. Le resultaba insoportable pensarlo.

Había sido un sueño. Makepeace se aferró con desesperación a esa idea.

Apenas una semana después se difundieron los rumores de que un fantasma rondaba las marismas. Decían que frecuentaba un tramo particularmente solitario, demasiado anegado para que el ganado pudiera pastar, recorrido por senderos caprichosos donde no siempre se podía andar sin peligro de perder pie.

Una cosa oculta sobresaltó a un mercachifle desnortado al chocar contra los juncos y dejando a su paso un reguero de tallos rotos. Se descubrió luego que los grajos de la zona habían abandonado su lugar de cría, y que las zancudas habían huido a otras zonas de las marismas. La taberna del Ángel, agazapada en las afueras, entre la ciudad y los cañaverales, se convirtió en guarida de algo más que marineros.

—Un espíritu vengativo —lo llamó la tía—. Dicen que llegó con el crepúsculo. Fuese lo que fuese, llamó a una puerta, causó la mar de destrozos y unos cuantos hombres fuertes recibieron una tremenda paliza.

Makepeace era la única persona que oía esos rumores con una dolorosa punzada, mezcla de esperanza y miedo. La sepultura de Madre se encontraba al borde de las marismas, no muy lejos de la taberna del Ángel. Era horrible imaginar el fantasma de Madre arrasándolo todo con furia, pero al menos, si andaba suelto, significaba que, al fin y al cabo, Makepeace no lo había despedazado. Al menos no había asesinado a Madre por segunda vez.

Debo encontrarla, se dijo Makepeace pese a que de solo pensarlo le daban náuseas. *Debo hablar con ella. Debo salvarla.*

Los fieles de la iglesia de Makepeace no frecuentaban la taberna del Ángel, salvo el viejo William cuando volvía a caer. Todas las veces que había regresado a casa borracho y haciendo eses, durante el sermón, el pastor lo ponía de ejemplo y pedía a todos que le dieran fuerzas rezando por él. Al enfilar la vereda cubierta de rodadas que llevaba a la taberna, Makepeace se sintió cohibida y se preguntó si el domingo siguiente la acusarían de embriaguez.

Las casas de piedra que rodeaban la taberna del Ángel formaban unos brazos donde se acurrucaba el patio de la cuadra. Una mujer de mandíbula pronunciada, con una sucia cofia de algodón, que barría los escalones, levantó la vista cuando Makepeace se acercó.

—¡Hola, cielo! ¿Has venido a acompañar a casa a tu padre? ¿Cuál de esos es?

—No... he venido por lo del fantasma.

La mujer no se mostró sorprendida; asintió con gesto breve y fue al grano.

–Si quieres echar un vistazo, tendrás que pagar una copa de algo.

Makepeace la siguió al interior de la taberna poco iluminada y, con cierto remordimiento, pagó una cerveza pequeña con una de las monedas que la tía le había dado para la compra. Después la hicieron salir por la puerta trasera.

Detrás de la taberna había un trecho de suelo cubierto de serrín. Makepeace intuyó que allí se organizaban las atracciones de la taberna cuando la cantidad de parroquianos lo merecía, pugilistas de cabeza rapada que peleaban a puño limpio, riñas de gallos y hostigamiento de tejones, o juegos menos sangrientos como el aro, los bolos o las bochas. Aquí y allá se veían las manchas oscuras dejadas por la cerveza o la sangre derramadas. Más allá de este espacio había un portillo con una escalera y después venía una gran extensión de marismas; el viento agitaba el junqueral y su suave resplandor bajo la luz vespertina.

–Ven... mira. –La mujer mostraba una especie de orgullo profesional al enseñarle el destrozo a Makepeace.

La tranca de la puerta trasera estaba hecha pedazos, y uno de los paneles, astillado. Una ventana estaba rota, la plomería doblada, algunos de los vidrios presentaban una blanca telaraña de rajás. Un cartel de tela estaba hecho jirones y las hilachas apenas permitían ver la imagen: una gaita, tambores, la silueta negra de una especie de bestia. Una mesa volcada, dos sillas con el respaldo partido.

Mientras iba oyendo todo esto, a Makepeace se le cayó el alma a los pies. Constató tardíamente que ninguno de los fantasmas con los que se había topado había producido un daño que pudiera verse. Habían atacado su mente, pero no habían roto ni un plato.

A lo mejor fue una simple riña, pensó Makepeace. Lanzó una mirada furtiva a la cara astuta y cansada de la tabernera. A lo mejor quiso sacar provecho del destrozo y por eso decía que había sido obra de un fantasma, de ese modo los curiosos acudirían a verlo y a beber.

La tabernera condujo a Makepeace hasta donde se encontraban dos hombres que, sentados al aire libre, bebían con cara triste de sus picheles. Los dos eran desgarbados y tenían la piel coriácea por el sol. No se trataba de lugareños. Por los hatillos que descansaban a sus pies, Makepeace supo que eran viajeros.

–Quiere saber lo del fantasma –dijo la mujer, indicando con un gesto a Makepeace–. Se lo podéis contar, ¿no?

Los dos hombres se miraron ceñudos. Estaba claro que no era una historia que los pusiese de buen humor.

–¿Nos va a pagar algo? –preguntó el más alto de los dos.

La tabernera miró a Makepeace con las cejas levantadas. Presa de la náusea y con la certeza creciente de que la estaban timando, Makepeace se desprendió de otra moneda y la tabernera fue a buscar más cerveza.

–Salió de la oscuridad y se nos echó encima. Mira. –El más alto levantó la mano que llevaba envuelta en un pañuelo mugriento con manchas de sangre seca–. Le rompió la sobreveste a mi amigo, a mí casi me parte la crisma contra la pared y encima nos hizo pedazos el violín. –Empuñó el instrumento y se lo enseñó. Parecía como si alguien lo hubiese pisoteado–. La señora Bell lo llama fantasma. Yo lo llamo demonio. Demonio invisible.

44 No parecía fingido su enfado, pero Makepeace no se decidía a creerlo. *Todo es invisible si estás ciego de tanto beber,* pensó.

–¿Dijo algo? –Makepeace no pudo reprimir un escalofrío al recordar la voz, fusión de sonidos, que quizá había soñado.

–A nosotros no –dijo el más bajo. Al ver que la tabernera regresaba con una jarra, tendió el pichel para que se lo llenara–. Cuando terminó de molernos a palos, se fue por ahí. –Señaló en dirección a las marismas–. Tumbó un poste a su paso.

Makepeace se bebió la cerveza y se armó de valor.

–¡Ten cuidado y mira por dónde vas, cielo! –le gritó la tabernera al ver que Makepeace subía los escalones y cruzaba el portillo que daba paso a las marismas–. Hay senderos que parecen firmes y luego se hunden bajo los pies. ¡No queremos que después tu fantasma también venga a rondar por aquí!

El crujido de las pisadas de Makepeace resonó con fuerza cuando se internó en las marismas; la niña comprobó que los pájaros no cantaban. Solo se oía la música seca del junqueral al entrechocar sus tallos y el murmullo apergaminado de jóvenes chopos aislados cuyas hojas plateadas y verde grisáceo agitaba la brisa. El silencio se le metió en los huesos y con él el miedo a estar cometiendo otro tremendo error.

Miró atrás con nerviosismo y se quedó helada al comprobar que la taberna se encontraba ya a cierta distancia. Se sentía como una barquita sin amarrar que se alejara flotando de la orilla.

Mientras hacía un alto, Makepeace fue golpeada de pronto por una abrumadora ola invisible.

Una sensación. No, un olor. Un hedor mezcla de sangre, bosques otoñales y lana vieja humedecida. Era un olor caliente. Le escocía la mente con su aspereza, como si fuese un

aliento. Se apoderó de los sentidos de Makepeace nublándole la vista y provocándole arcadas.

Fantasma, fue lo único que atinó a pensar. *Un fantasma.*

Aquello no se parecía en nada a los ataques fríos y rastros de los fantasmas que recordaba. Este no trataba de adentrarse en ella a arañazos, no notaba su presencia. Tropezaba con ella ardiente, terrible, ciego.

El mundo empezó a flotar y después ya no supo dónde estaba ni quién era. Fue engullida por un recuerdo ajeno a ella.

El sol quemaba. El hedor del serrín la ahogaba. Le dolía mucho el labio, era incapaz de pronunciar una sola palabra. Se le llenaron los oídos de un zumbido y un golpeteo cruel, rítmico. Con cada golpe notaba un doloroso tirón en la boca. Cuando intentaba apartarse, un dolor intenso le atravesaba los hombros. Una furia nacida del tormento la abrasó.

La ola pasó y Makepeace se dobló en dos. A su alrededor, el sol seguía brillando, le martilleaba la cabeza y sintió náuseas. Medio ciega, dio un paso adelante para recuperar el equilibrio y entonces notó que sus pies tocaban suelo blando y mojado. Se deslizó por el sendero y acabó desparramada entre los juncos; apenas notó los arañazos en los brazos y la cara. Se inclinó de lado y, presa de tremendas arcadas, vomitó.

Poco a poco se le despejó la cabeza. El extraño tormento desapareció. Pero la niña aún percibía un olor que venía mezclado con el asfixiante hedor a podrido. Y el zumbido no había cesado.

46 Sin embargo, sonaba distinto. De música intranquila, que partía el corazón, se había transformado en un runrún como de insectos. El zumbido de decenas de diminutas alas.

Makepeace se incorporó, temblorosa, apartó los juncos y bajó por la pendiente del sendero. A cada paso el suelo se hacía más blando y apelonado. Comprobó que no era la única criatura que había pasado por ahí. En el barro había tallos partidos, boquetes...

Y más allá algo se extendía en una zanja llena de maleza, medio escondido entre los juncos. Algo oscuro. Algo del tamaño de un hombre.

A Makepeace se le revolvió el estómago. Se había equivocado en todo. Si aquello era un cuerpo, entonces no era el fantasma de Madre. Quizá acababa de descubrir a la víctima de un asesinato. Que ella supiera, el asesino podía estar observándola en ese mismo instante.

O tal vez se tratara de un viajero abatido por el fantasma salvaje y necesitaba ayuda. No, no podía echar a correr, aunque cada fibra de su ser la impulsara a hacerlo.

La niña se acercó; al avanzar notaba que los zapatos se hundían en el barro. Aquella cosa era de un tono pardo oscuro, grande, con forma de montículo, cubierta por los cuerpos verdinegros de miles de moscones.

¿Un hombre con una sobreveste azul?

No.

Aquel bulto se hizo más definido. Por fin pudo Makepeace ver qué era y qué no era. Por un momento sintió alivio.

Una oleada de tristeza la asaltó con más fuerza que el miedo o el asco, con más fuerza que el hedor. Se agachó a su lado y se tapó la boca con el pañuelo. Y con cuidado, acarició aquel bulto oscuro y empapado.

No daba señales de vida. Había muchos boquetes en el barro, todo alrededor; los había dejado en sus vanos intentos

por salir de la zanja. Presentaba también llagas ensangrentadas y amarillas, como las dejadas por cadenas y grilletes. La niña apenas podía soportar ver aquella boca rota, el tajo rezumante y el hilillo de sangre oscura.

Supo entonces que aún conservaba el alma. Y era como un ascua incandescente.

Makepeace llegó al patio trasero de la taberna del Ángel cubierta de barro y de los arañazos de los brezos, pero no le importó. Lo primero que encontró fue un taburete de madera. Lo levantó, demasiado enfadada para notar su peso.

En un rincón, los dos músicos ambulantes hablaban animadamente y ni se fijaron en Makepeace. O al menos no se fijaron hasta que la niña golpeó en la cara con el taburete al más alto.

–¡Aagh! ¿Qué haces, desgraciada? –Se agarró la boca ensangrentada y se quedó mirando incrédulo a la niña.

Makepeace no dijo palabra, volvió a golpearlo, esta vez en el vientre.

–¡Basta ya! ¿Te has vuelto loca? –El músico más bajo agarró el taburete. La niña lo pateó con fuerza en la rodilla.

–¡Lo dejasteis morir! –gritó–. ¡Lo golpeasteis, lo torturasteis y lo arrastrasteis de una cadena hasta romperle el morro! ¡Y cuando ya no podía tenerse en pie, lo echasteis a la zanja!

–¿Qué bicho te ha picado? –La tabernera se plantó ante Makepeace y la sujetó con su brazo potente–. ¿De qué estás hablando?

–¡Del oso! –chilló Makepeace.

–¿Qué oso? –La señora Bell miró a los forasteros desconcertada–. ¡Ay, Dios! ¿Se os ha muerto el oso bailarín?

–¡Sí! ¿Cómo vamos a ganarnos la vida ahora? –le soltó el más bajo–. Este lugar está maldito y lleno de mala suerte, demonios invisibles y muchachas locas...

–¡Esa marrana me partió un diente! –exclamó con incredulidad el más alto, y, tras escupir sangre en su propia mano, lanzó a Makepeace una mirada asesina.

–¡Ni siquiera esperaste a que muriera para arrancarle el anillo del morro! –aulló Makepeace. Le latía la cabeza. Uno de esos hombres la golpearía de un momento a otro, pero no le importaba–. ¡No me extraña que volviera! ¡No me extraña que estuviera rabioso! ¡Ojalá os persiga para siempre! ¡Ojalá os mate a los dos!

Los dos hombres aullaban, la tabernera intentaba calmar a todo el mundo a voz en grito. El zumbido verdinegro sonaba con tanta intensidad en la cabeza de Makepeace que la niña no oía nada.

La muchacha tiró con fuerza del taburete y el hombre bajo jaló a su vez. Ella aguantó el empujón, levantó el taburete y se lo estampó en la nariz. Lanzó un graznido rabioso, soltó el taburete y trató de echar mano de un bastón de roble apoyado contra su hatillo. La tabernera echó a correr pidiendo ayuda. Makepeace se vio sola ante dos hombres con sangre en las caras y furia en los ojos.

Su ira no era nada comparada con la del oso cuando salió embistiendo de las marismas.

Makepeace estaba bien situada para verlo, o casi. El oso era un ser negro, arrugado y humeante, de cuatro patas y gran joroba, más voluminoso de lo que había sido en vida. Galopaba hacia los tres a una velocidad espantosa. Sus ojos y sus fauces eran agujeros traslúcidos.

El impacto levantó a Makepeace en el aire. Cayó al suelo atontada. El oso se alzaba encima de ella en toda su negrura. La niña tardó un momento en comprender que desde abajo estaba viendo su inmenso lomo renegrido.

Solo Makepeace podía verlo. Solo ella podía apreciar cómo la furia del oso lo consumía, cómo se iba esfumando a cada movimiento. Con cada uno de sus silenciosos rugidos se iba deshaciendo en volutas. Sus flancos parecían humear.

Se estaba perdiendo y ni siquiera lo sabía.

Makepeace se arrodilló; el hedor del oso la mareaba, su canción iracunda le revolvía la sangre. Levantó los brazos instintivamente para abrazar la sombra enfurecida. Solo quería impedir que las briznas escaparan, contener al oso y evitar que se disolviera en la nada.

Sus brazos envolvieron la oscuridad y acabó cayendo en ella.